



CUARTO CRECIENTE
- Revista de Creación -
Nº 7, Otoño-Invierno
2002-03

DIRECCIÓN:

Álvaro Ribagorda, Begoña Borredá,
Isaac Caselles, Isidro David Carro.

Colaboraciones:

Sergio Benítez, Iván B., Regi,
Miguel Romero, García Peña,
Caliope, Marcos Enrique Torres,
Tomás Sendarrubias, Kopín, Rocío
Hernández Triana, Isia, Raquel
Suárez, Luis Carlos Redondo y
Roberto Osa.

Ilustraciones y Fotografías:

Luis Santos, Laura Oliver, García
Peña, Kopín, Begoña Borredá,
Isaac Caselles y Álvaro Ribagorda.

Fotografía de portada:

Begoña Borredá

Diseño y Maquetación:

Álvaro Ribagorda e
Isaac Caselles.

Depósito Legal:

M-48102-2000

ISSN:

1578-6633

Imprime: Gráficas Ulises

Revista miembro del catálogo de
ARCE (Asociación de Revistas
Culturales de España)

Agradeceremos la mayor difusión
fidedigna de los contenidos de esta
revista. La cultura es un derecho,
no un privilegio.

ÍNDICE

Cuarto Creciente p. 2

Reflexiones en la Luna p. 3

Creación:

- *Los límites de un labio* – **Gacia Peña** p. 4
- *Una pluma se abre paso* – **Caliope** p. 6
- *Abrazo* – **Isidro David Carro** p. 8
- *Otoño* - **Marcos Enrique Torres** p. 9
- *Louise*– **Tomás Sendarrubias** p. 11
- *Cinco sentidos* – **Kopín** p. 15
- *Inventario* – **Rocío Hernández Triana** p. 16
- *Bibliotecas y otras cosas* – **Isia** p. 17
- *Imaginación* – **Luis Santos** p. 19
- *El despertar* – **Raquel Suárez** p. 20
- *Dicen* – **Luis Carlos Redondo** p. 21
- *Los bebedores de ajeno* - **Roberto Osa** p. 22
- *Cartas de silencio y Tierra sin luz* –
Alvaro Ribagorda p. 27

Galería:

- *La Brújula (Rincones de inspiración)* p. 29
- *La Lunateca (Libros para Selenitas)* p. 32
- *La Butaca* p. 34
- *Carta Abierta:*
“Viajes”- **Iván B.** p. 35

Visita nuestra página web:

<http://www.cuartocreciente.es.vg>

CUARTO CRECIENTE

Cuarto Creciente no ve la Luna tal como se nos muestra en sus distintas caras, sino que lo hace desde el ángulo del delirio creador. Cuando el arte se convierte en mercancía, extendiendo una nube de desidia sobre nuestra sociedad, nosotros fijamos nuestro punto de vista en lo extraordinario que subyace a la aparente mediocridad. Por ello vemos crecer la Luna, cuando el Universo creativo parece menguar, proclamamos nuestra rebelión y exaltamos por principio la imaginación.

Cuarto Creciente aspira a despertar las inquietudes, y a contribuir al desarrollo de los distintos campos y sensibilidades creativas, ofreciéndose como espacio de contacto y difusión de ideas y obras, de pasiones y esfuerzos.

Con esta revista pretendemos extraer algo poético de entre los muros de nuestras prosaicas facultades, incitar la exploración de las facetas creativas de cada persona, y sacar a la luz el silencioso trabajo de jóvenes creadores anónimos, para hacer de la Universidad también un espacio de sociabilidad y creación cultural.

COLABORACIONES:

Colabora con *Cuarto Creciente* enviándonos tus poemas, relatos, dibujos, fotografías, reseñas, ... originales a:

Cuarto Creciente
(Revista de Creación)
C/ Juan Pascual 19, 1º C
28017 Madrid

o
cuartocreciente_rc@hotmail.com

o entregándolos en los puntos de distribución habitual de la revista.

Los textos deben estar preferentemente mecanografiados, y las imágenes con un acabado nítido y de fácil reproducción, todos con vuestro nombre o seudónimo bien claros. Podéis colaborar también enviando reseñas creativas para las secciones de *La Lunateca*, *La Butaca* y *La Bújula* (incluyendo fotografías), con una extensión máxima de 700 caracteres para estas secciones, así como en el espacio de ensayo y opinión: *Carta abierta* (con un máximo de 5000 caracteres). Si además, junto a los textos nos queréis facilitar vuestra dirección postal, os enviaremos un ejemplar del número en que se publiquen.

Esperamos también vuestras opiniones, críticas y sugerencias, que serán siempre bien recibidas. Contamos con todos.

REFLEXIONES EN LA LUNA

La poesía es la palabra esencial en el tiempo.

Antonio Machado

La ficción es una mentira que encubre una profunda verdad.

Mario Vargas Llosa

Creo que si mirásemos siempre al cielo acabaríamos teniendo alas.

Gustav Flaubert

El escritor debe estar sentado siempre en medio de la vida.

Ramón Gómez de la Serna

No rechaces los sueños por ser sueños.

Pedro Salinas

Poesía es, y no otra cosa, esa aspiración melancólica y vaga que agita tu espíritu con el deseo de una perfección imposible.

Gustavo Adolfo Bécquer

*Que tan solo el grosor del filo de una navaja
separa la felicidad de la melancolía.*

Virginia Wolf

El poeta es una conciencia puesta en pie hasta el fin.

Vicente Alexandre

*Serenidad, tú para el muerto,
que yo estoy vivo y pido lucha.*

José Hierro

*El que goza de una obra de arte es por que la crea en sí,
la re-crea y se recrea con ella.*

Miguel de Unamuno

CREACIÓN

LOS LÍMITES DE UN LABIO

Son los perfiles de un **labio**
son, los confines del universo finito,
las runas de puntas como clavos
los dominios, las vastas piedras,
las dunas de un desierto en calma
son, las golondrinas
tañendo a cuerdas biensonantes,
cuadros de redobles
y marcos acompasados
de rojo, de sincarmín,
de límite y de borde;
son **los labios** más allá,
el más allá de **tus labios** curvado
ola de surf (o si llueve)
canal de agusaliva,
de ser en una aguja
una punta de lengua al acecho.

Rasgar de sangre en un **labio**,
rencor o luna,
envidia u hondura.

Se acaba se acaba.

Labio enzarzado
tu diente enfilado e indirecto;
me llenas,
enloqueces;
me llenas;
pereces.

*Fotografía* **García Peña**

Pero es el filo filo tan en **mi labio**,
y tu diente es tiburón de juguete.

Acaba porque se acaba,
pero llena porque atacas.

Calculadora sonrisa,
llámalo tú como quieras,
pero es tan tan..., y no digo nada.

Qué extenso,
qué superfluo,
¡qué infinito!,
labio labio (labio).

Gangrenarte de una sola vez.

Qué delicia,
qué espanto,
qué entrechocar,
marfil de luna,
empedernida pluma:
jamás jamás,
tu ojo entintado no se aclarará jamás.

GARCÍA PEÑA

UNA PLUMA SE ABRE PASO

Quiero dotar a este folio virtual de una riqueza incomparable, un esplendor que iguale al de los grandes clásicos literarios. Quiero ser camarada de Lope, de Garcilaso, de Baudelaire o de Poe... Quiero encontrarme con los grandes genios de todos los tiempos, aprender de ellos, compartir opiniones, discutir ideas, retóricas, estilísticas... explotar el arte hasta llevarlo a cotas inimaginables, crear versos catárticos, prosas trascendentales...

Pero cuando estás solo al principio miras con respeto la senda a recorrer y te preguntas si llegarás... porque no sabes cómo hay que empezar a caminar por este universo literario... si no eres amigo de las musas ellas no acudirán a ti. No te darán el báculo en el que apoyarte cuando creas que todo está perdido, para nunca desfallecer hasta llegar al Parnaso... a ese lugar que tantos anhelan y que sólo unos pocos alcanzan. Las musas han de ser aliadas, llámalas, búscalas...

Es difícil para un poeta considerarse como tal. Las ideas, desordenadas corrientes de pensamiento que luchan revoltosas por salir. Ahí las tienes, las muy escurridizas juegan contigo... van y vienen, y sólo cuando se casan con la inspiración aceptan ser mostradas a la humanidad. Pero el poeta es exigente, no se conforma nunca, siempre quiere más... y nada está bien escrito, ¡nada es lo suficientemente bueno!

Dos horas frente una pantalla, y apenas consigo escribir unas frases... ¿Por qué la imaginación no es mi camarada? ¿Por qué todo lo que se me ocurre parece una tontería?

Yo soy el poeta de las prosas, el que no sabe rimar, sólo escribo pensamientos de mi desastrosa vida, a veces no consigo ni enlazarlos... Mis obras son una pila de papelotes con reflexiones inconexas, paranoicas, un sin sentido que no llevará a ninguna parte. Soy un poeta para mí mismo, conozco los recursos de la expresión: los epítetos, las metáforas, las aliteraciones o los hipérbato, así como la métrica y la morfología... pero no sé escribir, no se aprende a escribir... por muchas clases, por mucha técnica... la sensibilidad está sólo en algunos pocos elegidos, aquellos que moviendo la pluma brevemente son capaces de crear una obra maestra.

Y en medio de este loco mundo, en medio de tantas guerras, de tanta banalidad, de la desinformación y de las mentalidades sometidas a la rutina del nuevo siglo, hay un nido de bohemios incomprensidos que aún admiran a Góngora o a Whitman, a Jorge Guillén o a Miguel Hernández. Algunos

buscamos seguir sus pasos, no esperamos la fama ni el dinero, sino la valoración de las lenguas, de las culturas, de la belleza del arte... mentes solitarias encadenadas en el mundo Grecolatino, en el Siglo de Oro o en la Generación del 27.



Fotografía Álvaro Ribagorda

Idealistas subjetivos, atados a un verso que nunca está bien hecho, donde siempre sobra o falta una palabra... algunos triunfarán, y otros nos quedaremos en el camino, tal vez con el tiempo olvidemos... Y un buen día, pasados muchos años, encontraremos un viejo ordenador de principios de siglo, y unos documentos perdidos...que nos refrescarán la memoria...y puede que vislumbremos una inocencia ya olvidada, nos encontraremos de nuevo con el ansia de escribir, de contar... de transmitir el surrealismo de la naturaleza humana, la complicada simplicidad del mundo que nos rodea y que muchas veces nos ahoga...y llegados a este punto, pero con el espíritu aún joven, sacaremos las plumas del cajón...las plumas informáticas, y con la experiencia y la sabiduría que da la madurez, volveremos a jugar con las musas, a perseguir a la inspiración, muchas veces con la botella de ron en mano...acudiremos al reencuentro con los fantasmas del pasado...y de esta manera, quizá nos percatemos de que lo importante es llevar dentro la Literatura, sentirla y saber valorarla. ¿Es el consuelo de los fracasados o es la auténtica realidad?

CALÍOPE

ABRAZO

Mullidos ladrillos
que acolchan la suave pared
que encierra tu alma desnuda.

Sinuosa figura que ahoga,
en la noche cálida del desierto,
mi grito de intenso placer.

Radiografía del que mira con ansia
la fruta sagrada del huerto
que tu cuerpo guarda.

Vienes de noche, con calma
de tiempo infinito,
abriendo tus brazos:
mullido ladrillo
de arena roja compacta.

Y me matas con extrema dulzura,
como no querer morir
en la cálida noche de tu abrazo
donde ahogas con calma
de tiempo infinito.

ISIDRO DAVID CARRO

OTOÑO

Tengo un otoño en el alma
y hojas en el corazón,
una lluvia en mi cabeza,
y una nube en mi razón.

No entiendo lo que me pasa,
ni porque me encuentro así.
En los días como este
mejor echarse a dormir.

La nostalgia se acumula
recordando algo mejor,
recordando los colores
del estío que pasó.

No echo de menos los besos
porque los besos los tengo,
es lo único que me queda,
por supuesto, lo agradezco.

Las rutinas se me clavan
como cientos de alfileres
en el corazón, y pesan,
y pesan como los meses,
los meses que yo te espero,
en los que espero que vuelvas,
¡Oh primavera querida!
que vuelvas ya con tus flores,
con tu luz y con tus días.
Tus días largos y vivos
Que recuerda este alma mía.

La ciudad deshumaniza,
los edificios y cláxones
son malvados estandartes
de arquitectura mediocre.

Los trenes son los molinos
de Don Quijote el hidalgo,
con ellos yo lucho y lucho
perdiendo ya de antemano.

Son gigantes y son fuertes,
fuertes por tener el tiempo,
el tiempo que a mi me roban
mientras yo lucho con ellos.

Está bien, ya va, lo dejo,
me parece que está claro
ni estoy hoy para escribir
ni para infundir gran ánimo.

MARCOS ENRIQUE TORRES

LOUISE

Realmente cuando la joven pareja que iba acompañada por la niña de tirabuzones rubios aparcó el coche delante de la casa, lo primero que pensaron es que nunca se podrían permitir pagar lo que debía costar vivir en un lugar como ese. Claro que, desde luego, era la casa de los sueños de cualquier persona que hubiera nacido en los barrios nuevos de Nueva Orleans, una de esas mansiones que los grandes terratenientes del Mississippi se habían hecho construir en la ciudad, y muy parecidas a las propias plantaciones en que residían fuera de ella. La casa estaba situada en pleno corazón del Garden District, entre Dauphine y St. Anne, un lugar fastuoso, con las paredes pintadas de un suave color violeta, y un hermoso porche sustentado por columnas de estilo dórico. Los tejados, de pronunciada vertiente a dos aguas, lucían el color rojizo natural de las tejas, y cada una de las muchas ventanas de la casa dejaba ver unos delicados visillos de color púrpura, y estaban adornadas con gabletes y delicadas molduras. A la joven pareja les pareció un sueño imposible, a la niña de tirabuzones dorados, un palacio de cuento de hadas. Por eso, cuando la anciana mujer que les enseñó la casa les dijo el precio, la joven pareja se lo hizo repetir tres veces, hasta el punto de que frunció el ceño y les pregunté si es que la estaban tomando el pelo. Era, verdaderamente, un precio irrisorio, no mucho más de lo que estaban pagando por un apartamento situado en el décimo piso de un edificio acristalado en las afueras de la ciudad, así que intentando parecer lo más serios posible, aceptaron de inmediato la oferta de la anciana mujer, que se limitó a encogerse de hombros y acompañarles a una pequeña salita habilitada como un despacho, presidida por un sólido escritorio de madera oscura que parecía tener al menos cien años, y sobre el que la anciana puso los contratos que la joven pareja firmó al instante, no fuera a ocurrir que todo se tratase de un error y de pronto la cifra fuera engordada con tres ceros más. Cuando le preguntaron a la anciana si podían empezar el traslado inmediatamente, ella se encogió de hombros de nuevo, y dijo que sí, que la casa estaba vacía, que ella no vivía allí (y cuando dijo esto, su rostro rechoncho se contrajo en algo que parecía un remedo de sonrisa), y que de hecho, la traía sin cuidado. La niña con tirabuzones rubios se escondió detrás de su madre, y no salió de allí hasta que la anciana mujer les acompañó a la puerta. Esa noche, la niña soñó con palacios de cristal.

Louise apareció dos días después de que la joven pareja y la niña de tirabuzones comenzaran la mudanza. Estaba guardada en un viejo baúl de oxidados cerrajes, con un montón de cortinas y manteles agujereados de hilo fino, que en algún tiempo debieron costar cantidades asombrosas de dinero pero que ahora sólo servían para hacer trapos. Por algún extraño azar del destino, el tiempo parecía haber respetado las delicadas ropas de Louise, que apenas mostraban una ligera capa de polvo cuando la niña de tirabuzones rubios la descubrió. Inmediatamente se encaprichó de ella. Tanto, que cuando la joven pareja la llevó a un anticuario y éste les dijo que cualquier coleccionista estaría dispuesto a pagar cantidades sorprendentes por ella, se sintieron incapaces de arrebatarla a la niña. Lo que ninguno dijo es que ellos mismos se habían enamorado un poco de Louise. Y es que realmente era muy fácil enamorarse de ella. Su factura era prácticamente perfecta, sin nada que envidiar a las famosas muñecas Bru francesas, con un delicado rostro de porcelana pálida en el que brillaban unos ojos vidriados de color azabache que reflejaban la luz con una naturalidad asombrosa. La misma porcelana asomaba en las finas manos, y por debajo de la falda, en unos logrados tobillos, antes de desaparecer en unos sobrios zapatos de charol negro. El vestido, primorosamente realizado, tenía un color parecido al del vino tinto, en algún punto perdido entre el rojo y el negro, hecho con una tela de tacto aterciopelado pero que caía sobre los volantes de encaje de la falda con la suavidad de la seda. A pesar de todo esto, lo más llamativo de Louise era su cabello, un largo y liso cabello negro azulado, suave y delicado, y que como toda la muñeca, despedía un suave olor a lavanda. Y la niña de tirabuzones rubios convirtió a Louise en su mejor amiga en aquellos días confusos de mudanzas y desplazamientos. A la niña le gustaba contarle a Louise las cosas que hacía en el colegio, quienes eran sus amigos, a qué jugaban...Y Louise le hablaba a la niña de otros tiempos que había conocido, de cuando otras niñas habían jugado con ella en las plantaciones junto al río, cuando todas las niñas vestían como la propia Louise, con encajes y tafetán, y llevaban lazos en el pelo, y tirabuzones, Louise decía que le gustaba el cabello de la niña rubia porque se parecía al de otras niñas que habían jugado con ella. A la joven pareja les gustaba mucho ver como la niña de tirabuzones dorados se sentaba delante de la chimenea (que aún les quedaba mucho para poder encender, porque con el clima caluroso de Nueva Orleans no la necesitarían hasta bien entrado el Invierno), y hablaba con su muñeca. Daba la impresión de que la niña dejaba espacio entre sus relatos y cuestiones, como si realmente escuchase las palabras de la bella muñeca de porcelana.

A la joven pareja les pareció extraño que la misma noche que se cumplía un mes de su estancia en la casa de paredes violáceas, y pese a que se acercaba

el clímax del estío, la niña de tirabuzones rubios comenzara a toser, e incluso tuviera un poco de fiebre. Por eso, esa noche se fue a la cama pronto con Louise, y aunque estaba muy cansada, la niña pasó una noche mala, con largos periodos de brumosa duermevela salpicados de otros momentos en los que soñaba que se encontraba tumbada en su cama, durmiendo y abrazando a Louise contra su agitado pecho. Al día siguiente, el médico fe a verla, un señor de barba blanca muy simpático que olía a chicle de menta y que después de examinarla, dejó dos caramelos sobre la mesilla que había junto a su cama, uno de limón, y otro, de frambuesa. La niña se comió enseguida el de frambuesa, y guardó el de limón para más tarde, y como estaba tan cansada, se durmió enseguida. Por eso no escuchó como el señor que olía a chicle de menta les decía a sus padres que no debían preocuparse, que se trataba tan sólo de una gripe veraniega de la que la niña no tardaría en reponerse. La niña se despertó unas horas más tarde, y aún somnolienta, escuchó como Louise le contaba que una de las niñas que había jugado con ella, se había muerto una vez por una enfermedad a la que llamaban la Fiebre Amarilla, y que antes, en Nueva Orleans, se moría así mucha gente. A la niña le dio un poco de miedo aquello, pero no se lo quiso decir a Louise para que no se riera de ella. De todas formas, Louise debió darse cuenta, porque enseguida le dijo que de eso hacía mucho tiempo, y que ya nadie se moría de la Fiebre Amarilla. Luego, antes de que su madre se hubiera dado cuenta de que estaba despierta, la niña de tirabuzones dorados volvió a quedarse dormida.



Fotografía Begoña Borredá

Cuando volvió a abrir los ojos, vio que su madre estaba sentada junto a ella, pero parecía diferente, como si se encontrara enferma. Tenía ojeras, y estaba pálida. Su padre parecía discutir en voz baja con aquel hombre que olía a chicle de menta, y también había otro señor, de piel oscura, que asentía mientras miraba a un cuaderno en el que iba apuntando cosas. La niña intentó sonreír, pero estaba muy cansada, así que se limitó a suspirar y a apretar a Louise contra su pecho. Vio que su madre se levantaba corriendo y se acercaba a ella, pero cuando sintió que la tomaba de la mano, volvió a quedarse dormida. En su sueño, jugaba junto a Louise en una casa grande junto a un río, y allí, todo el mundo vestía de amarillo.

Nunca más se despertó, porque tres días después de ese momento, su corazón se paró. La joven pareja lloró mucho, y luego se gritaron muchas cosas el uno al otro, algunas muy feas, pero luego lloraron más, se abrazaron y se marcharon de la casa. Quisieron encontrar a Louise para enterrarla junto a la niña de tirabuzones rubios, pero aunque buscaron por toda la casa, no la encontraron por ningún sitio. Después del entierro, cuando metieron a la niña en una caja y la encerraron en un viejo panteón de piedra en el que debía hacer mucho frío, la joven pareja se marchó de la casa para siempre, y se compraron un apartamento pequeño, en las afueras de la ciudad, muy lejos del Garden District.

Tiempo después, llegó a la casa una nueva familia, y en ella, había dos niñas, además de un niño muy pequeño y un perro muy grande. Un día, una de las niñas, una niña con el cabello muy rizado y muy rojo, subió al desván, y dentro de un cofre viejo, se encontró con una preciosa muñeca de porcelana, vestida con un traje de color vino, unos zapatitos de charol negro, y con una preciosa cabellera rubia peinada con tirabuzones. La llamó Louise.

TOMÁS SENDARRUBIAS

CINCO SENTIDOS

Déjame ser manos y dedos, trepar por tu cuerpo,
cimbrear ese vientre, pálido, intenso,
adentrar caricias en tu negro cabello,
y sentir las hormigas, tu piel, el deseo.

Déjame ser iris y ojos, desnudarte por dentro,
quemar mis pestañas en tu cálido fuego,
auscultar tu mirada, abismo e infierno,
y mirar tu carita, de ángel moreno.

Déjame ser eco y oído, ahuyentar el silencio,
escuchar tus latidos que rugen inciertos,
desgranar los sentidos, henchidos al viento,
susurrar la ternura, tu frente, en mi pecho.

Déjame ser gusto y sabor, paladear tu misterio,
libar la miel de tus labios sinceros,
comer de tu boca, engullir tus momentos,
y saciar mi sed, tu saliva y aliento.

Déjame ser aroma y olor, rastrear el sendero,
respirar por tus branquias, la brisa de enero,
inspirar tu desnudo, cual pálido lienzo,
expirar tus entrañas, yacer en tu lecho.



Poema y fotografía:

KOPÍN

INVENTARIO

Ahora,
que ha llegado la hora del sueño más eterno,
la madurez completa de las noches de luna,
la redondez de todo lo que hiera la vida.
la perfección total del pulso y de los días.

Ahora
que mi sangre es más pura y el reloj más exacto,
que los nombres son nombres y las palabras nada,
que nadie sólo es alguien que no ha llegado a tiempo
y que por fin padezco la enfermedad del mundo.

Ahora
que ajusté cada fecha a cualquier calendario,
que no creo en los héroes ni el vino me emborracha,
que bien sé que el amor no es como en los libros,
que podría cantar cualquier canción de veras.

Que ya todo es verdad porque Dios sopla siempre
un motivo pequeño para tenerme en vela
y excusar a la vida como a un amigo tonto
que me pierde las llaves y me quema la casa.

Ahora
que descubrí el misterio y no tiembla el oráculo,
mirad que pocas cosas y que empeño este mío.

ROCÍO HERNÁNDEZ TRIANO

BIBLIOTECAS Y OTRAS COSAS

¿Os habéis fijado, en época de exámenes, en la forma tan curiosa que tiene la gente de sentarse en las mesas?, pues yo sí, y os lo voy a contar. Imaginaos una mesa para veinte personas, pues cuando se sienta uno parece que los demás juegan a hundir la flota, no puede sentarse nadie a un banco a su alrededor, es agua. Está claro que lo pone en las normas de las bibliotecas, pero como nadie nos las leemos, lo sabemos por consenso.

También se sabe por consenso que un libro que es para consulta en sala, nunca está, no se sabe si es por que hay que buscarlo en toda la sala, algo así como una estratagema de los bibliotecarios para que nos recorramos los rincones esos a los que sólo vamos en época de exámenes.



Otra cosa curiosa es que las bibliotecas están para guardar y transmitir el saber, y todos decimos, ¡Qué bien guardado está! Y que limpio todo.

Pero no todas las bibliotecas son iguales, eso no, ¿quién lo diría?. Están:

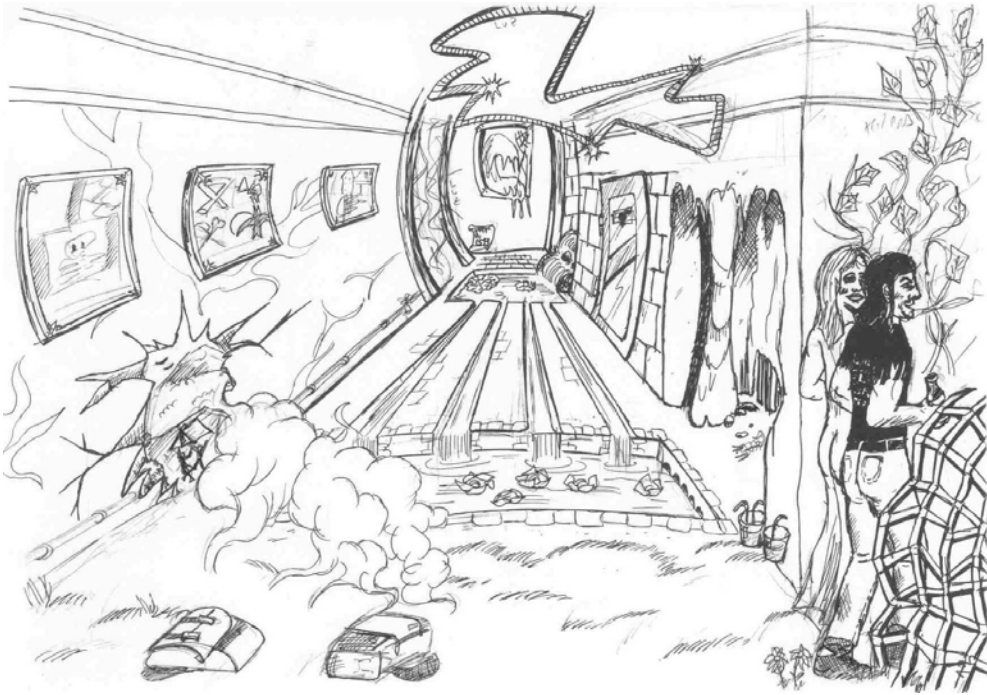
- Las bibliotecas de barrio, con una zona llena de chicos jóvenes a quienes sus profesores de instituto les han obligado a hacer trabajos, y ellos van a la biblioteca a aprender, a aprender como ligarse a los/as compañeros/as que van a estudiar, por que hay gente que estudia en las bibliotecas desde el instituto, incluso antes de prepararse la selectividad, sorprendente ¿no?.

- Otro tipo de bibliotecas son las universitarias, que están llenas de eruditos que estudian lo de aquí y lo de allí, hasta que se sienta una compañera cerca y se la intentan ligar con la excusa de hacer un *kit-kat* en sus investigaciones. Nota: Estas bibliotecas están llenas en época de exámenes, y casi vacías el resto del año, que curioso, esto se parece a las bibliotecas de barrio.
- Y, por último y gran colofón, está la Biblioteca Nacional, donde sólo se puede entrar si se está investigando algo de forma seria y rigurosa. Cuando se llega allí se pasa un detector, se dejan fuera los abrigos y las carteras o mochilas, se revisa si se lleva algún original (¡pues claro que llevo originales, los míos!) y te dan una pegatina para que te la pongas en un lugar visible, no vale ni la frente ni la bragueta, con la inscripción de LECTOR, a esto mejor no hacer comentarios, por que si vas a investigar y te recuerdan que sabes leer es para decirles algo. Una vez dentro puedes consultar los ordenadores, buscar fichas, pedir libros originales y que te los sirvan, una gozada. Y allí, se puede ver a gente investigando sin intentar ligar con los de al lado, o eso creo yo, los que pueden ligar son los de la limpieza, seguridad, recepción, los del museo y los bibliotecarios. Pero no lo hacen por que todos sabemos que en el trabajo no se liga.

Así que os dejo que viene el jefe y me pilla escribiendo y mirando a su secretaria.

ISIÁ

INSPIRACIÓN



LUIS SANTOS

EL DESPERTAR

Degustaré de la manzana prohibida,
me arrastrarán las olas,
me ensuciaré en las aguas.

Dormiré con cantos de sirenas,
y al despertar, se que tú no estarás aquí.

Sé que lo que siento es fuerte,
y como dicen, el tiempo lo cura todo,
pero no perdona.

Miraré tus ojos, y me bañaré en ellos;
pero las lágrimas ahogan y las almas se marchitan.

Somos cobardes y nos une la soledad;
es más fácil despertar en una cama,
que en un bosque y sedientos.

Y yo sé, que hoy no seré fuerte.

RAQUEL SUÁREZ

DICEN

Dicen que la perseverancia hace el amor
¿Quién lo dijo? ¿Fuiste tú?...

Dicen que el amor es abstracto, sin cuerpo, ni rastro
sólo con su alma ¿Alguien lo dijo? ¿Fuiste tú?

Y si el amor es ciego... ¿Por qué quema su mirar?

Si es dulce... ¿Por qué morimos de amargura?

Si es verdadero... ¿Por qué la soledad?

Si es sincero... ¿Por qué el silencio? ¿Por qué la vanidad?...

Ni los poetas lo saben... ¿acaso lo sabes tú?

LUIS CARLOS REDONDO

Ilustración Laura Oliver

LOS BEBEDORES DE AJENJO

(CUENTO BASADO EN EL CUADRO DE EDGAR DEGAS, 1879)

–¡**D**eja ya de cotorrear!.

Dios mío, cómo odiaba que me dijera eso. Yo me encontraba en el marco de la puerta de nuestra casa despidiendo a mi querida amiga Petra, pero la impaciencia de mi marido me obligó a hacerlo en un tiempo mucho menor del que a mí me hubiera gustado. Tras decirle adiós, cerré la puerta y me apresuré al salón, donde se encontraba mi esposo. Estaba sentado esperando que yo le sorprendiera con algo distinto para comer, ya que desde hacía varias semanas nuestros únicos víveres habían sido unos mendrugos de pan y las uvas que compré en el mercado con la ayuda de nuestros escasísimos ahorros.

–Vaya, ya veo que el menú es el mismo que el de ayer, y que el de antes de ayer, y que el de antes de antes de ayer...

–Y yo qué quieres que le haga, si no hay otra cosa, algo habrá que comer. No querrás que haga milagros con lo que me dejas para comprar comida.



Las uvas ya empezaban a encontrarse en un estado lamentable. Acerqué unos cuantos granos a mi boca y traté de ingerirlos haciendo todo lo posible por no vomitar, hacienda que se presentaba hartamente complicada si te detenías a mirarlos por un instante. A pesar de la dificultad, logré mi propósito y comí unos cuantos para tratar de llenar aquel horrible vacío que tenía en mi estómago. Por las noches, en el silencio de la oscuridad, podía escuchar perfectamente cómo las tripas de Paolo rugían pidiendo algo calentito, algo tierno, algo sabroso. Al fin y al cabo, ALGO. Las mías eran de la misma opinión que las de Paolo, probablemente una de las pocas cosas en las que

siempre había consenso. Dejé las uvas y cogí el trozo de pan que él me había dejado. La verdad es que la partición no había sido nada equitativa en lo que al pan se refiere. Entre mi marido y yo nada era equitativo, la mayor parte del poco dinero que entraba en la casa iba a parar los domingos por la tarde al café que Paolo frecuentaba y que, como es obvio, nosotros no nos podíamos permitir. Sin embargo, él consideraba vital el acudir cada domingo a tomar unos tragos de ajeno. A veces he llegado a pensar que ni siquiera le gusta ese dichoso licor, pero su afán por crear esa apariencia de estatus al estar allí, tomando una copa en el café, le cegaba y no pensaba más que en el qué dirán si no va cada domingo a su cita con la copita de ajeno.

Casualmente, aquel día era domingo y tras nuestra comida, Paolo partiría como cada domingo al café a tomar una copa.



—No pienso comer más uvas de esas-dijo Paolo-así que todas para ti. La gente debe haber terminado ya de comer y seguro que empieza a haber movimiento por el café. Hoy vendrás conmigo, todos los hombres llevan a sus mujeres y yo no quiero ser menos.

—Yo allí no pinto nada, además tengo que ir a misa. Tú sí que deberías venir conmigo.

—Que sea la última vez que me dices tú lo que yo tengo que hacer. He dicho que vas a ir hoy al café, y no se hable más. En cuanto termine la misa te quiero allí, ¿Está claro?.

—¿Es que no te das cuenta de la falta que nos hace ese dinero? Nosotros no podemos estar malgastando mientras nuestros estómagos piden comer. Iré, pero será la última vez, de eso puedes estar seguro.

Al oír lo que yo le acababa de decir, se levantó de la silla como si su asiento se encontrase incandescente y se abalanzó sobre mí cogiéndome del cuello y apretándome con tal fuerza que no me permitía emitir ni el más mínimo de los sonidos. Hizo una mueca como preparándose para decirme algo, sin embargo, no dijo nada, me apretó aún más fuerte y acto seguido me soltó y sin mediar una sola palabra abandonó el salón y se fue a la calle. En cuanto oí el portazo me sentí realmente feliz. Se había ido, por fin estaba sola. Durante unos segundos, mientras me apretaba con sus ásperas manos, llegué a pensar que sí, era el fin, acabaría conmigo. Siempre pensé que cuando me encontrase en ese momento trataría de suplicar por mi vida, y en cambio el único sentimiento que me rondó fue una inmensa tranquilidad al pensar que, si

me mataba, ya no le podría seguir teniendo miedo y de alguna forma me liberaría de la asfixiante vida a la que me tenía sometida.

Una vez me sentí recuperada del incidente con mi marido, me puse el traje blanco que mi difunta madre me cosió con todo el cariño del mundo y que me regaló cuando Paolo y yo abandonamos su casa, donde vivimos en nuestros dos primeros años de matrimonio. Allí, él se comportaba de manera muy correcta. Mi madre nunca sintió demasiado afecto hacia Paolo, convirtiéndose esto en uno de los desencadenantes para nuestra salida de la casa de mi madre. El traje no era lo que se dice gran cosa, aunque estaba prácticamente nuevo por el poco uso que yo le había dado. Se componía de una sola pieza y me cubría perfectamente desde el cuello hasta los pies. Siempre había considerado agobiante ese tipo de cuellos tan altos en los vestidos. Me hacía recordar las manos de mi marido atenazándome, por eso trataba de ponérmelo lo menos posible. El colofón lo ponía un sombrero un tanto peculiar, y sobre todo, muy grande para mi pequeña cabecita.

Aún faltaba más de una hora para la misa y yo ya estaba preparada. Sin embargo, cuando el reloj de la torre dio las cuatro, decidí irme y aprovechar para confesar. Tuve suerte, aún no había llegado nadie y el párroco se encontraba rezando, de rodillas y algo encorvado debido a su avanzada edad. Traté de llamar su atención con el ruido de mis zapatos. Él se percató de mi presencia y yo de que lo había hecho, por lo tanto me senté en un banquillo a esperar.

–Enseguida, hija, voy enseguida-dijo con un finísimo hilo de voz.

No me hizo esperar demasiado. Se levantó con gran torpeza del reclinatorio y caminó a duras penas hasta el confesionario que se encontraba más cercano a él.

–Ave María Purísima.

–Sin pecado concebida. A ver hija, dime qué faltas has cometido contra la voluntad del Señor. Te escucho

–Me confesé la semana pasada. La mayor de mis faltas es mi marido.

–¿Cómo?

–Sí, padre, sí, mi marido. Le odio profundamente y no puedo seguir soportando el trato al que me tiene sometida. Sé que no es bueno el tener estos sentimientos, sobre todo si se trata de mi esposo. Lo siento padre, que Dios me perdone, porque usted me temo que no lo hará, pero algo tengo que hacer para apartarme de su lado. Si es necesario, apartarlo a él-. El sacerdote entró en un estado de nerviosismo y de incredulidad a la vez.

–¿¡Pero qué dices insensata!?- me dijo mientras le temblaba la mano sobre mi antebrazo-. Es tu marido, al que te uniste en santo matrimonio y con el que debes permanecer hasta que nuestro Señor decida apartaros de la vida a uno de

los dos. ¿Y eso de que le odias y lo vas a apartar de...-Sin dejarlo de terminar le comenté algo que tampoco fue de su agrado.

-Usted se encuentra bajo secreto de confesión. Nada de lo que yo le diga puede salir de sus labios, jamás. Deberá morir con ello dentro.

-Si tanto sabes como para juzgar lo que un párroco debe o no debe hacer, y además estás dispuesta a cometer una locura para dejar a tu marido, ¿Qué haces en la morada del Señor?¿Acaso esperas que tras lo que me has contado voy a darte la absolución?

-Sé que no recibiré su absolución, aunque sí aspiro a que Dios me comprenda y me entregue usted la penitencia que crea conveniente para algo que ya estoy decidida a hacer.

-Para haber penitencia tiene que haber perdón, y para que este se dé debe de haber arrepentimiento. Yo en usted no veo más que arrogancia.

En ese momento, sonó la segunda señal para misa. El ruido de la campana se metió por todo mi cuerpo como una pesada losa de culpabilidad por la que no me dejé disuadir en ningún momento para cumplir mi propósito.

-Le ruego que se marche, tengo que oficiar la misa y ya han dado la segunda señal. Que el Señor se apiade de tu alma, yo ya no puedo hacer más. Vete con Dios.



Los bebedores de ajeno o El ajeno
-Edgar Degas, 1879-

Salí de la Iglesia sin escuchar misa y me dirigí al café calle abajo. Estaba atardeciendo y el pisar sobre las hojas secas de los árboles fue el único sonido que oí hasta llegar a unos metros de la puerta del café. Desde la ventana podía ver, al fondo en una mesa ridícula y minúscula, la figura de Paolo levantando la mirada hacia el resto de las mesas, pero siempre sin descuidar el contenido de su vaso. Entré cabizbaja mientras desde las mesas me miraban y cuchicheaban sobre mi identidad, aunque el camarero pronto disipó las dudas de algunos de los allí presentes. Sin mediar palabra me senté junto a Paolo. Él tampoco me dijo nada a mí. Así permanecimos durante casi dos horas; Paolo mirando a todo el mundo, moviendo la cabeza constantemente, tomando un sorbito de licor de vez en cuando. Yo sentada, inerte sobre aquella tabla de madera. Estando allí sentada me di cuenta de que no odiaba a mi marido. Él tampoco me odiaba a mí, pero sentía indiferencia hacia todo lo que yo pudiera pensar o sentir. Me ignoraba, cuando no me ignoraba me sacudía y me golpeaba. Y yo no le haría daño. Ya no necesito la absolución del cura. Resignación, amargura, pena. Y yo no, no le haría daño. Nuestros estómagos suplican, mi alma llora, Paolo bebe. Volvemos a casa. Mañana, el menú volverá a ser el mismo, uvas en descomposición.

ROBERTO OSA

CARTAS DE SILENCIO

Desde la playa inmensa de mi emoción,
a veces te escribo cartas de silencio
impregnadas de sal,
bajo un horizonte de plata y cobre.

Sus letras apenas se distinguen,
son una infinidad de líneas de espuma
arañadas sobre el metal de mi canto,
cuyo leve rumor me trasciende.

Hay en ellas sendas de helechos,
crestas de roca que brotan entre la arena,
y un mirador sobre acantilados,

estación final de unos versos,
como el horizonte
siempre inacabados.

ÁLVARO RIBAGORDA

TIERRA SIN LUZ

Vive la mañana sin sol, absurda
cual ave sin alas,
el viento la enmascara entre esquirlas
de noche estrellada,

cruzan por ella avefrías
por su oscuridad desconcertadas,
los manzanos siguen esperando
que escampe la madrugada.

Se quejan sin tregua los pájaros,
los perros ya no ladran,
el gallo duerme esperando

el estertor de la mañana.
¿Qué será de nosotros
si aún dormimos al alba?

ÁLVARO RIBAGORDA

GALERÍA**LA BRÚJULA**
(RINCONES DE INSPIRACIÓN)Foto: **Isidro David Carro****SALAMANCA**

Ciudad de contrastes, no ha olvidado su carácter provinciano pero tiene sus ojos puestos en el futuro, una ciudad tranquila, para pasear sosegado entre sus mil monumentos con mil historias; de cien estilos sorprendentes son sus edificios y sus gentes que albergan esos estilos de todas las épocas en sus corazones castellanos. Ciudad de contrastes, por la vida juvenil que le otorga su decana universidad y por esa todavía cercana capitalidad que ha paseado por España y no olvida, sin embargo, sus tranquilos paseos por la Plaza Mayor con sus gentes discurriendo en los ritmos tranquilos que le marca su centenario reloj.

ISIDRO DAVID CARROFoto: **Begoña Borredá****EL DESFILADERO DE LAS XANAS***(Villanueva, Asturias)*

Por un sendero excavado en la roca va el caminante silencioso escuchando atentamente el rumor de la montaña.

Por un desfiladero, un bosque de hayas con sus tupidas ramas guarda el secreto de los que en él se internan.

Cruza un río veloz, impaciente por llegar a su destino. En sus aguas el sol refleja los dorados cabellos de las Xanas que, fieles, acuden a su llamada para contemplar en él su rostro.

A su alrededor se arremolinan las verduscas rocas, deseosas por contar historias de hadas, de su mundo encantado y su voz angelical.

BEGOÑA BORREDÁFoto: **Isaac Caselles****EL CAPRICHIO DE GAUDÍ**
(Comillas, Cantabria)

La arquitectura llega a la máxima calidad artística de la mano de este autor lleno de imaginación, quién refleja en sus obras la dificultad de sus pensamientos y la complejidad de un estilo de vida rodeado de sueños. Sus obras hacen que se pueda disfrutar de todos los detalles de la vida cotidiana. Y en especial de este Capricho, convertido en restaurante del que todos podemos maravillarnos disfrutando de la contemplación de la obra humana, excepción que sirve de ejemplo para todos los que puedan acercarse a Comillas, donde está situada.

ISAAC CASELLES

VENECIA

Venecia, la ciudad de las Góndolas y el Carnaval, del Puesto de los Suspiros y del León de Oro.

Venecia ciudad sin coches, paraíso del peatón, donde el asfalto se sustituye por pequeños canales de agua, (los *canaletti*), y por una majestuosa arteria, el *Gran Canal*.

Os aconsejo caminar sin rumbo fijo por las callejuelas laberínticas e inigualablemente estrechas, cruzando uno tras otro los puentes sobre los canales, y disfrutar de las gentes de la ciudad, pueblo otrora comerciante y viajero, ahora anfitrión sin igual para el visitante.

*Puesto de Rialto**Piazza de San Marcos**Pequeño canal**Atardecer en el puerto*



*Vista de los Palacios
desde el Vaporetto.*



*Torre del Campanario
(Pza. San Marcos)*



El "Canalazzo"

El *Palacio Ducal*,
junto al puerto, nos
muestra la unión entre
el poder político y el
mar en la vieja Venecia.

Te impresionará
Rialto, puente
emblemático sobre el
Gran Canal, y la *Plaza de*

San Marcos, con su
Basílica de peculiar
estilo Bizantino y el
campanario (al que

debes subir a
contemplar
panorámicamente la
ciudad y las islas
cercanas, como *Murano*,
famosa por su cristal).

No te pierdas el
atardecer en el puerto ni

Venecia de noche,
paraíso del romántico,

con la tenue
iluminación de sus
callejuelas, y las cenas a
la luz de las velas, que le
dan un toque mágico.

Por todo esto y
mucho más debes ir, y
si es acompañado de esa
persona que es especial
para ti, mucho mejor.

Ciao.

Texto y fotografías:

REGI

LA LUNATECA
(LIBROS PARA SELENITAS)



Jean-Paul Sartre: LA NÁUSEA (1938)

Como sólo sucede con las novelas de gran talla, la lectura de *La náusea* marca un punto de inflexión entre quienes –en algún momento de nuestra existencia– buscamos algo más que deleite entre sus páginas.

Habrá para quienes Sartre, más filósofo que literato, no dibuje una prosa envolvente, o abuse de la abstracción sobre la acción. Nada de esto importará una vez se supere el ecuador de esta Novela, con mayúscula. Su lenguaje ajustado, de palabra precisa y verbo exacto, tiene la virtud inequívoca de provocar una reflexión continua, que sólo una lectura lenta, espaciada, permite degustar y digerir en su justa proporción.

En sus páginas se abordan gran parte de los temas de la filosofía occidental del siglo XX: la fugacidad del tiempo, la inexistencia de Dios, el fin de la vida, etc. y especialmente del existencialismo. Sus palabras beben de la idea de angustia existencial de Kierkegaard, de la trascendencia y la existencia inauténtica de Heidegger,... y de las eternas contradicciones del ser de Unamuno, con el que además comparte el propósito de plantear de forma novelada la filosofía, como ya sucedía en *Niebla*, o en *San Manuel Bueno, mártir*.

La náusea es una novela psicológica, narrada a partir del flujo de conciencia continuo de un historiador, Antoine Roquentin, que busca sin éxito dar un sentido a la existencia del personaje que investiga.

La náusea es una novela filosófica, cuya acción se produce a nivel intelectual y sensorial, y se centra en el descubrimiento inicial de la náusea que le genera la conciencia de la existencia. La náusea es la conciencia de que la existencia humana carece de fines, el hombre existe en la nada, vive para la muerte.

El hombre se descubre miserable al sentir lo sublime del arte, y por ello la misma interiorización de lo sublime creado (un cuadro, una novela, una canción), nos permite participar de su esencia, trascender la existencia.

El hombre se sobrevive tratando de evitar la incómoda conciencia de su propia existencia, pero esta misma conciencia es la que permite –a quien se sobreponga a ella– ser, y no meramente existir. La aceptación de sí mismo, del mundo y de una mismo dentro de él, es lo que hace superar la existencia, la náusea.

ÁLVARO RIBAGORDA



**LA CASA DE LOS
ESPÍRITUS**

Isabel Allende (1982)

Esta escritora con mayúsculas de la realidad envuelta de imaginación, logra en esta obra mostrarnos la vida de Chile en el S.XX, con especial atención a la oscura dictadura que le tocó vivir, desde el lado humano de los acontecimientos y de las personas que dirigen sus vidas al margen de lo que les rodea. La familia Trueba (protagonista de la obra) será nuestra guía durante este museo humano que es *La casa de los espíritus*.

En esta obra, la política y la pasión se mezclan con las personas de tal forma que se puede llegar a comprender la dificultad del ser humano a través de la lucha interna entre la mente y el corazón, entre las ideologías y las pasiones

ISAAC CASELLES



**EL FANTASMA DE
CANTERVILLE Y
OTROS CUENTOS**

Oscar Wilde (1891)

En estos seis cuentos, Wilde, irlandés acomodado, afila su pluma para criticar con firmeza la frialdad de una sociedad insensible, egoísta, como la victoriana, que no aceptaba un comportamiento tan extravagante, desobediente e inmoral como el suyo.

El autor defiende el esteticismo con fuerza, teoría artística y forma de vida del *dandy* inglés, mostrando una elegancia de la que Wilde alardeaba incluso en su vida real.

En sus cuentos se funden el humor, la ilusión fracasada, la imaginación, la magia, la burla desenfadada, para crear unos relatos amorales y extremadamente críticos con una realidad social rancia y inmóvil.

BEGOÑA BORREDÁ



CAMPO CERRADO

Max Aub (1943)

Aub utiliza con suma habilidad la técnica del fragmentarismo, con párrafos cortos y en apariencia inconexos, para ofrecernos, a modo de cuadro impresionista, un brillantísimo retrato del Levante español (Castellón y Cataluña) en los años previos al estallido de la Guerra Civil. La acción se precipita según nos acercamos al 18 de julio barcelonés, reflejándose en un relato dinámico con fragmentos cada vez más cortos, expresivos y directos.

Primer libro de la serie *El laberinto mágico* (le seguirían *Campo de sangre*, *Campo abierto*, *Campo francés*, *Campo del Moro*, *Campo de los almendros*) sobre el conflicto fratricida español, que parecía bastante olvidado literariamente y que Javier Cercas ha vuelto a poner de plena actualidad.

SERGIO BENÍTEZ

LA BUTACA

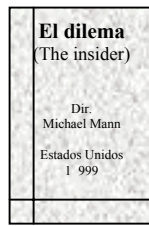


LA DELGADA LÍNEA ROJA

*Dir. T. Malick
(1998, Estados Unidos)*

Escribir sobre el film de Malick es escribir sobre un film bélico marcado por su antibelicismo, es escribir sobre un film de acción marcado por su lirismo. Aparentemente son términos contradictorios, sin embargo, en esta película que nos habla de la 2ª Guerra Mundial y a la vez nos habla de todas las guerras no carece de significado y de buen hacer cinematográfico. El director consigue con esta película llevar a la perfección los objetivos primeros (mostrar el horror de la guerra, hacer repudiable cualquier conflicto,..); pero logra además un film realista por momentos, lírico en otros, estéticamente perfecto.

ISIDRO DAVID CARRO



EL DILEMA

*Dir. Michael Mann
(1999, Estados Unidos)*

Jeffrey Wigand (Russell Crowe) importante científico y exdirectivo de una de las principales compañías tabacaleras de Estados Unidos, es consultado por Lowell Bergmann (Al Pacino) - productor del afamado programa de periodismo de investigación "60 minutos"- para desvelar el misterio que encierran unos documentos enviados anónimamente a su cadena televisiva. Wigand deberá decidir entre mantener el silencio al que le obliga su excompañía o revelar lo pernicioso en la fabricación del tabaco. Un guión excelente, y una buena dirección para tratar un tema de plena actualidad.

MIGUEL ROMERO



MARTÍN (HACHE)

*Dir. Adolfo Aristaráin
(1997, España-Argentina)*

Actitudes ante la vida, de eso habla *Martín (Hache)*.

Aristaráin nos hace bucear en la búsqueda de la identidad de 4 personajes muy distintos. Se trata de una inmersión psíquica en cuatro filosofías de la vida complejas, llenas de matices, en constante formación. Atrevimiento, decepción, contradicción y reflexión, definen los caracteres a través de cuyo conflicto se conduce una trama de creciente tensión, que analiza transversalmente la sociedad actual.

Unos diálogos y una puesta en escena soberbios, son los principales elementos con los que se nos exhorta a pensar en lo esencial: ¿Porqué y cómo merece la pena vivir?

ÁLVARO RIBAGORDA

CARTA ABIERTA

VIAJES

Esperar algo no siempre va a significar que vaya a suceder. La verdad siempre es así, y la mayoría de las veces casi nunca se cumple. De siempre me han gustado los sueños, me encanta imaginar cosas, es por unos instantes, pero me siento tranquilo, mi alma en las nubes, viaja, se recrea, ... en el transcurrir de ese momento, soy feliz. Luego la parte racional se despierta, *¡eh!, qué estás en tu casa, mira lo que te rodea, LA VIDA*. Vuelvo a pensar en lo que estaba haciendo, pero me vuelvo a distraer, el problema es que esta vez no es igual, pues el viaje es como si se hiciera con billete, aumentando el número de paradas. Aunque no es igual que la primera vez, es mejor, y cada vez que lo realizas tiene mayor interés. De nuevo en la Tierra, continúas en lo cotidiano, pero algo en el corazón, pues ahí es donde lo sientes, quiere que vuelvas a marcharte, y lo haces. Ya no sólo vas con el billete, sino que vas como si lo hubieras hecho toda la vida. Pues hay una persona más, alguien que has conocido en el transcurso del trayecto.

Los viajes se van haciendo frecuentes a lo largo del tiempo, son una válvula de escape, además, si te sientes molesto, luego te tranquilizas a ti mismo pensando que no haces daño a nadie. Tú, satisfecho en tu mundo, no echando de menos a nadie, solo en el viaje diario. La vida se te hace más alegre, pues te acompaña un anhelo de esperanza, una compañía sincera, que no te va a fallar, que siempre va a estar contigo a lo largo del día, pues el *sueño* cada vez se va completando con más cosas. Se van haciendo más complejos los acontecimientos, las escenas van tomando sentido, ¡si! como en el teatro, te rodeas de una trama y unos personajes, pero sin público. Mejor dicho tú eres el autor, el actor, el público de todo ese mundo espiritual. El alma y el corazón vibran cada día y a cada momento, cada vez que te marchas a ese sitio. El resultado de esos viajes es que hasta lo más nimio que te rodea te parece bello,

das felicidad y el mundo te lo agradece correspondiéndote con lo que le has ofrecido.



Fotografía Isaac Caselles

El problema es cuando un día el viaje lo haces desde el subconsciente de la noche, *¿qué sucede?*, que el viaje se convierte en deseo, en algo que ya a tu corazón no lo calienta, ni conforta, sino provoca que lata apresuradamente pidiéndote más. Un deseo que te consume cada día más, pues los viajes tienden a ser más continuos, no puedes vivir, tienes que soñar despierto todo el día, a la fuerza, sin parar, tienes que vivir ya no sólo para el sueño o el viaje, sino para el deseo. Entonces, la razón, que había tomado parte del viaje, decide pedir billete de vuelta y lo hace de una forma un tanto sofocante, bajo forma de angustia tenaz que se agarra a tu corazón y no te deja vivir tranquilo. Poco a poco, con el paso de los días, la vida nos va poniendo en tiempo presente. Dejamos de imaginar, de soñar, de viajar, y volvemos a vivir.

IVÁN B.